

NACIONES UNIDAS
CONSEJO
ECONOMICO
Y SOCIAL



Distr.
LIMITADA
E/CEPAL/L.274
30 de agosto de 1982
ORIGINAL: ESPAÑOL

C E P A L

Comisión Económica para América Latina



EXPOSICION DEL SR. ENRIQUE V. IGLESIAS
SECRETARIO EJECUTIVO DE LA COMISION
ECONOMICA PARA AMERICA LATINA EN
LA VIII REUNION ORDINARIA DEL CONSEJO
LATINOAMERICANO DEL SISTEMA ECONOMICO
LATINOAMERICANO (SELA)
(Caracas, Venezuela, 23 de agosto de 1982)



Señor Presidente
Sr. Secretario Permanente
Señores Ministros
Señoras y Señores:

Deseo comenzar mis palabras agradeciendo una vez más a este Consejo del SELA y a su Secretaría Permanente la oportunidad que me brindan de comparecer ante este cuerpo para traer los puntos de vista de la CEPAL sobre los comunes problemas e inquietudes que hoy preocupan a América Latina y a ambas instituciones.

En esta ocasión el privilegio es aún mayor, por ser ésta una de las reuniones más relevantes que ha realizado hasta el presente este importante foro.

En efecto, el SELA, el único órgano político de coordinación y consulta económica de la Región, no podía menos que comoverse, al unísono con América Latina, frente a los difíciles momentos que atravesó la región a raíz de hechos por todos conocidos que han golpeado fuertemente a una nación hermana.

Por primera vez, y por dolorosas razones, la región apreció hasta qué punto, cuando las circunstancias son verdaderamente difíciles, ella queda librada a sus propias fuerzas y a su capacidad de respuesta colectiva. Este fenómeno puso a la América Latina frente a una crisis política, económica y de ubicación en la política mundial que debe llevar a reflexiones serenas, y a descubrir, al igual que en el signo chino, que al lado de los peligros de la crisis también se abren oportunidades.

En el día de ayer el Sr. Presidente de Venezuela, con gran maestría e inspiración bolivariana, puso de relieve las circunstancias que han sacudido la geopolítica de la región, y extrajo visionarias conclusiones sobre lo que debiera constituir una imagen constructiva de un futuro de colaboración y amistad.

Las oportunidades a que puede conducir una visión renovada y positiva del quehacer latinoamericano. Ese es el sentido con que debe mirarse la cooperación regional y la unidad continental, no "contra algo" sino a "favor de algo". A favor de una utilización plena de la capacidad de acción conjunta de la región con positivos resultados no sólo para América Latina sino también para todos aquellos países con los cuales tiene y seguirá teniendo relaciones esta región cada vez más interdependiente con la economía internacional.

Esta revalorización de la cooperación regional no podría fundamentarse tan sólo en una legítima reacción encaminada a buscar la seguridad económica colectiva frente a agresiones económicas externas que pudieran afectar a la región en el futuro.

Bien saben ustedes que desde los años cincuenta la CEPAL abogó con gran vigor y convicción por la causa de la integración regional, y que fue el foro donde se crearon los primeros esquemas de cooperación. Una gran motivación inspiró aquel movimiento, luego expandido y agrandado por la dinámica de los hechos y de las instituciones: la necesidad de ampliar los mercados internos, estrechos y limitados, para amparar nuevas unidades productivas que operaran con productividad y eficiencia razonables.

Hoy, un hecho nuevo y de singular gravedad ha conmovido al mundo: la gran crisis del sistema económico internacional. Si en aquel momento, la integración se justificó como mecanismo de promoción económica y de ruptura de los compartimientos estancos que representaban los mercados nacionales, hoy ella es un elemento imprescindible al que hay que recurrir para enfrentar el impacto de la crisis económica internacional que hoy remece a los grandes centros y, por derivación, a toda la periferia.

La idea central a la que desearía referirme en esta ocasión es precisamente la de fundamentar una nueva cooperación regional a partir de los legados que nos dejará el haber tenido que hacer frente a la actual crisis mundial: por una parte, la necesidad de abordar complejas políticas antirrecesivas o de ajuste en todos los países del hemisferio y, por otro, la de encarar los desafíos que plantearán la recuperación de los centros y los nuevos rumbos que ya se insinúan en el desarrollo económico de los países industriales.

Nuestra convicción es que ambas cosas exigirán renovar las formas de cooperación e incorporarlas tanto en nuestras políticas antirrecesivas como en nuestras futuras estrategias de desarrollo.

La gran crisis de los años ochenta

No voy a ahondar aquí en la crisis que hoy aqueja a los grandes centros, y que se proyecta sobre toda la periferia y con especial intensidad sobre América Latina. El Sr. Presidente Herrera Campins trazó ayer un cuadro por demás sombrío de ella apelando a los informes de nuestra organización. Nosotros mismos acabamos de informar sobre ello al Consejo Económico y Social.

Todos los indicadores, aun los más recientes de la OCDE, apuntan a una crisis prolongada y que constituye sin lugar a dudas la recesión más seria e intensa que se haya experimentado desde la postguerra.

El crecimiento de los centros no superará este año el 0.3% y se estima que la ansiada recuperación sólo logrará -con suerte- una cifra de crecimiento del producto interno bruto del 2.4% en 1983, tasa sensiblemente inferior a los promedios de los años setenta.

Junto con ello, la desocupación afecta en la actualidad a más de 30 millones de personas en los países de la OCDE, fenómeno que no puede tan sólo atribuirse a la caída de la demanda, sino a un complejo conjunto de factores de naturaleza estructural y cuya superación exigirá profundos cambios en la orientación futura de las economías desarrolladas. A ese tema me referiré más adelante.

Aun cuando la inflación ha comenzado a ceder, y ello es un hecho positivo, surgen dudas sobre la capacidad de mantener bajo el ritmo de aumento de los precios una vez iniciadas las políticas de recuperación.

Pero el hecho más importante y sin duda el fenómeno nuevo en este tipo de crisis ha estado constituido por las excepcionales tasas de interés que han predominado en los principales centros financieros internacionales. Estas tasas han sido sin duda, las más altas de los últimos 50 años y han tenido efectos profundos sobre las economías de los centros, los movimientos de capitales y el volumen de inversión, factores todos ellos que comprometen la recuperación y, sobre todo, el ritmo y naturaleza del crecimiento económico futuro.

Todos conocemos las ásperas controversias que estas políticas están causando en los países del norte. Pero lo más inquietante -más aún quizás que los propios indicadores- es el ambiente de incertidumbre, confusión y, sobre todo, de contradicciones entre los diferentes diagnósticos y los variados pronósticos.

La "capacidad de previsión" en el mundo se ha reducido como nunca desde la guerra, y ya sabemos cómo ello afecta las expectativas, factor clave en el funcionamiento ordenado de los mercados mundiales.

Las reacciones son bien conocidas: guerras comerciales no declaradas, falta de transparencia en los mercados, regreso a políticas proteccionistas abiertas o encubiertas, que se perfilan como serios retrocesos frente a los que creíamos eran logros definitivos.

Los efectos de la esta situación sobre la periferia no se han hecho esperar. Como ocurre a menudo, estos fenómenos recesivos se transmiten ampliados al mundo en desarrollo. En este caso, como en tantos otros, se podría aplicar el dicho de que cuando los centros se resfrían la periferia coge una pulmonía.

El año 1981 pasará a la historia como el peor en la economía de la región de los últimos 40 años. Y mucho me temo, señores delegados, que el año en curso no será mejor.

En aquel año el ritmo de crecimiento del producto bruto de América Latina, cayó a 1.7%, lo que es bastante inferior al crecimiento de la población, con lo cual el ingreso per cápita disminuyó. La inflación media de la región casi llegó a niveles sin precedentes, registrando un promedio cercano al 60%. El déficit de la cuenta corriente del balance de pagos, del orden de los 38 000 millones de dólares, obligó a recurrir a nuevos financiamientos externos, especialmente privados que llevaron la deuda a niveles que ya bordeaban los 240 000 millones de dólares a fines del año. Por supuesto que en una coyuntura en que la actividad económica disminuye o aumenta muy lentamente, los sectores socioeconómicos bajos son los que sufren la peor parte. Al respecto, basta mirar las cifras del desempleo y la inflación para no tener dudas sobre quienes pagan la mayor parte del costo de la recesión.

No todos los problemas tienen su origen en la crisis externa, por cierto. Pero no cabe duda de que a ella se debe una gran porción de aquéllos.

En los últimos tres años, la relación del intercambio ha caído 30%, con lo cual sólo en 1981 la región dejó de percibir 5 000 millones de dólares adicionales por este motivo.

Los intereses elevados provocaron nuevas sangrías de recursos. Por cada punto adicional en la tasa de interés la región debe transferir al exterior aproximadamente 1 000 millones de dólares. Podría decirse que durante 1981, alrededor de 5 000 millones de dólares fueron transferidos al exterior por el solo aumento de las tasas de interés medias por sobre las vigentes en 1980.

Por otra parte, las dificultades financieras y fiscales de los centros reducen los aportes a la cooperación externa bilateral y multilateral, especialmente en la América Latina.

Y por último, la banca internacional, enfrentada a los desequilibrios de la región, comienza a mostrar una creciente reticencia para suministrar recursos adicionales.

Las políticas antirrecesivas: la colaboración internacional y la cooperación regional

El primero y más acuciante problema del momento actual lo constituye, sin lugar a dudas, la crisis recesiva y la necesidad de adoptar políticas internas para hacerle frente.

Conviene empezar con una reflexión tan obvia como necesaria.

No es posible evitarle a los países de la región el doloroso costo del ajuste a que los somete la coyuntura externa. Sería ingenuo pretender otra cosa. También es cierto, como muestran las estadísticas, que los diversos países latinoamericanos se encuentran en muy diferentes situaciones. Algunos han seguido políticas más cautelosas que otros, lo cual les permite hoy capear el temporal con menos costos económicos y sociales. Pero no es esa, lamentablemente, la situación de la mayoría de ellos.

Tiempo habrá para analizar el proceso económico de los últimos años, que junto a un avance grande de las fuerzas productivas alimentó contradicciones que ahora hacen sentir su peso bajo la presión de factores externos desfavorables. También corresponderá deslindar entre los factores de origen externo y los provenientes de contradicciones de las políticas internas: tipos de cambio poco realistas, sobredimensión del ritmo de expansión de los gastos, permisividad financiera frente a corrientes fáciles de endeudamiento externo, políticas de apertura excesivamente rígidas, etc. No es del caso entrar a ello en esta ocasión.

Hoy por hoy, América Latina deberá efectuar fuertes ajustes que requerirán un período de políticas económicas altamente pragmáticas y flexibles, con un alto grado de austeridad y eficiencia en el uso de los recursos y con una mezcla imaginativa de políticas económicas en todos los frentes del quehacer público.

Pero cualquiera sea el grado de ajuste requerido, resalta meridianamente claro que tal ajuste será mucho más soportable económica y socialmente si se cumplen dos condiciones importantes: una colaboración internacional inteligente y adecuada a las circunstancias, y una dinámica respuesta de la cooperación regional.

Colaboración internacional adecuada a las circunstancias

Creo que es muy importante que en estos momentos, los países de la región identifiquen con claridad donde deberán concentrar sus esfuerzos para reclamar la cooperación externa en el marco de lo que son los grandes objetivos del demorado y melancólico proceso de las negociaciones globales, y la posición de los países en vías de desarrollo en ese proceso.

Para ello hay que comenzar por destacar que los problemas por los que atraviesa la mayoría de los países de la región (y que dicho sea de paso se suman a similares traumas en otros países en vías de industrialización) son de una magnitud tal que se resisten a los enfoques puramente tecnocráticos de las curas tradicionales o de los ajustes convencionales.

En efecto, el endeudamiento externo, junto con ser el problema más importante de la actual coyuntura económica, requiere políticas innovadoras y ejecutivas tanto en el campo de la cooperación financiera internacional como en el de las relaciones comerciales internacionales.

En las presentes circunstancias, frente a una exportación global de mercancías de la región que bordea los 100 000 millones de dólares, es preciso servir intereses que se acercarán este año a los 30 000 millones de dólares -esto es, el 30% del total de los ingresos de exportación- sin contar los pagos de amortización. Habiéndose obtenido abundantes créditos en las postrimerías del decenio de 1970, muchos de los períodos de gracia comienzan a expirar este año o el próximo, con lo cual aumentarán sustancialmente los pagos de amortización. Piénsese que el plazo medio de amortización de las deudas públicas para el total del mundo en desarrollo es de aproximadamente 17 años, mientras que para América Latina es sólo de 11 años. Países con economías industriales intermedias similares a las de América Latina, como los del Sudeste Asiático, cuentan con promedios superiores a los 16 años.

Indudablemente, la reducción de los niveles de interés habría de traernos saludable respiro. Pero ello no cambia la naturaleza del problema, ni la dimensión dolorosa y quizás insoportable de un ajuste por reducción de la actividad interna a que podrá conducir la aplicación convencional de los criterios utilizados.

Para hacer frente a ese desafío, y dadas las perspectivas mediocres de la demanda y los precios de los productos básicos, la cooperación internacional necesaria debe sustentarse en criterios nuevos, concordantes con el cambio cualitativo que la magnitud de los problemas ha impuesto a la región. Así:

a) En momentos en que el grueso de los desequilibrios en el balance de pagos escapa al control mismo de los países o supera la capacidad normal de ajuste, los criterios de condicionalidad que operan en todo ejercicio de apoyo al balance de pagos, y de reprogramación del perfil de la deuda no pueden ceñirse a líneas convencionales sin provocar graves y quizás insoportables desequilibrios económicos, sociales y políticos.

b) No puede sostenerse el principio de una "condicionalidad pura y simple" sin ligarla a los principios de "adicionalidad". En otros términos, en momentos como los descritos, los sectores financieros privado y público deben comprender que la mejor forma de sortear las dificultades del ajuste no se logra por la sola contracción del gasto, lo que suele conducir a la represión de la inflación de efímera vida, antes que a una auténtica estabilidad.

c) En los últimos años ha operado con crudeza el sofisma de graduar o discriminar a América Latina en las instituciones multilaterales de crédito, aduciendo que habría terminado el período en que la región necesitaba recurrir a los créditos públicos, y que ahora podía navegar sola, con el apoyo del sector financiero privado. La situación financiera actual y la reducción del financiamiento proveniente de fuentes privadas han puesto de manifiesto el simplismo de tal hipótesis y han destacado la importancia de que el crédito público internacional y el del sector privado se refuercen mutuamente, y al hacerlo así permitan mejorar el perfil de la deuda. América Latina no puede permanecer impasible frente a la disminución relativa de los créditos multilaterales de los últimos años y la que se anuncia para el futuro. Las transferencias netas de créditos públicos hacia América Latina que en el año 1978 representaron 13 mil millones de dólares, en el año 1980 no llegaron a mil millones.

d) En momentos en que el comercio mundial pierde transparencia, cuando se insinúan y se concretan peligrosas tendencias proteccionistas, se requiere más que nunca mantener la capacidad de exportación de la región para que ésta pueda afrontar sus compromisos internacionales. Frente a la caída sostenida e inevitable de la relación del intercambio, asume una importancia crucial el sostener los volúmenes de la exportación (especialmente la no tradicional); para ello la región ha creado una capacidad instalada vigorosa, como lo demuestra el comportamiento del balance comercial de los últimos años. En efecto, esta nueva capacidad de defensa se refleja en el volumen de exportaciones, que se incrementó aún en medio de las presentes circunstancias recesivas.

Creo que la magnitud y la generalización de los problemas obligan a la región a replantearse todos estos problemas y a actuar en los foros internacionales -especialmente los financieros- promoviendo los nuevos criterios que aconsejan las circunstancias.

En una ocasión planteamos la necesidad de establecer una red de seguridad financiera. Hoy estamos más persuadidos aún de que es preciso abrir nuevas posibilidades crediticias, tanto en el Fondo como en el Banco Mundial para lograr un apoyo positivo al proceso de ajuste de nuestros países con miras a su desarrollo; en ello no sólo estará interesada la salud financiera del mundo sino también el impulso mismo que esta

región puede aportar a la recuperación productiva del mundo industrial, al seguir con una expansión sostenida de sus importaciones.

Una consulta adecuada, especialmente al nivel de los bancos centrales y ministerios de la región, puede inspirar ahora en los grandes organismos del sistema financiero internacional, nuevas aproximaciones a este tema tan importante para lograr un "ajuste con desarrollo" de la economía de los países de la región.

Un nuevo concepto de cooperación regional

Es dentro del contexto descrito que visualizamos un papel renovado para la cooperación regional.

Comencemos por reconocer algo que debe quedar claro desde la partida: la cooperación regional no puede ser sustituto de la cooperación mundial. Por definición es su complemento, y en las presentes circunstancias puede además morigerar o atenuar los impactos de la recesión internacional.

Nos alienta a creerlo así el activo y vigoroso proceso de relacionamiento comercial dentro de América Latina de los últimos años.

Basta tan sólo mirar las cifras.

En los últimos veinte años, la participación del comercio regional en el intercambio total de América Latina pasó del 8% en el año 1960 al 15.5% en el año 1981.

A su vez, el comercio de manufacturas, clave del avance industrial de la región, que significaba un 10% del total de las exportaciones en el año 1961, hoy se acerca al 36%. En los países de la ALADI, las exportaciones de manufacturas dentro de la zona ya representan el 56% del volumen total del comercio intrarregional.

No todo lo logrado debería atribuirse a los mecanismos formales de integración. No hay duda de que el conocimiento recíproco que posibilitaron los sistemas de integración al sector empresarial privado; las políticas de promoción de exportaciones, así como la creciente competitividad de nuestras industrias nacionales, contribuyeron a ello en gran medida. Más aún, preciso es reconocer que las propias políticas de apertura comercial emprendidas por la mayoría de los países de la región han tenido un efecto igualmente favorable sobre el comercio regional.

Cualesquiera sean las causas, se impone una conclusión significativa: estamos en presencia de un potencial exportador e importador que se está transformando en una pujante realidad.

En la CEPAL hemos elaborado algunas hipótesis que no dejan de llamar la atención. Si la región lograra retomar el ritmo de crecimiento económico de los años setenta, es decir, crecer a un ritmo del 6% anual, el comercio exterior con el resto del mundo debería crecer 8% por año, y la participación del comercio regional que

actualmente es de 16%, debería duplicarse en los años noventa. Desafío grande y difícil, pero no imposible.

¿Qué hacer?

La Secretaría del SELA ha presentado a esta reunión un documento que recoge importantes iniciativas en variados campos, y que además de ser una respuesta positiva a medidas de emergencia frente a eventuales sanciones, debe constituirse en un auténtico programa de trabajo al cual la CEPAL gustosamente prestará su más decidida colaboración.

Pero comencemos con cosas concretas e inmediatas que podrían significar grandes progresos para el comercio regional.

Me atrevería a mencionar tres aspectos que creo tendrían en lo inmediato una gran importancia para amplificar el comercio sin requerir grandes esfuerzos:

a) Promover un diálogo entre responsables del comercio exterior de los países de la región, orientado a eliminar barreras de todo tipo que aun hoy crean trabas innecesarias al comercio interregional. El mismo clima de transparencia que estamos reclamando del comercio mundial debe imponerse en la región.

b) Alentar la imaginación de los bancos estatales y privados vinculados al comercio exterior para promover incentivos financieros conocidos de sobra por los países desarrollados, para estimular, desde el lado del financiamiento, corrientes comerciales ya existentes y nuevas en la región.

c) Estimular el diálogo entre los sectores privados vinculados al comercio cuyo conocimiento de los problemas y de las oportunidades puede abrir rumbos nuevos para la expansión del intercambio. Desearía a este propósito mencionar importantes experiencias que hemos podido promover desde la CEPAL, poniendo en contacto grupos empresariales, que al proponerse metas de intercambio recíproco con apoyo oficial, podrían acelerar e incentivar líneas conocidas ya abiertas al comercio.

De lo que se trata es no sólo de poner en marcha aquellas iniciativas de gran aliento que suponen renovados esfuerzos y que llevan tiempo, sino de estimular aquellas otras, al alcance de la mano, que podrían ahorrar tiempo y crear vigorosos impulsos al comercio en los próximos años.

En definitiva, tomar especialmente en cuenta el comercio regional en la adopción de las políticas antirrecesivas que necesariamente deberán abordar los países de la región.

Y una reflexión final: no podemos permitir que las medidas de defensa del balance de pagos que habrán de proliferar en los próximos años dañen las corrientes comerciales existentes, creando barreras innecesarias que nos hagan desandar el fructífero camino recorrido en los últimos años.

Hacia un nuevo enfoque del desarrollo latinoamericano

Debemos prepararnos también para los profundos cambios que habrán de ocurrir en la economía internacional luego del ajuste recesivo de los años ochenta.

América Latina no puede pasar por alto que los países industriales no habrán de salir de esta crisis reproduciendo las estructuras económicas del pasado.

Hay elementos que anuncian cambios sustanciales.

En la reciente reunión de Versalles, los países centrales destacaron los profundos desafíos derivados de la evolución tecnológica del mundo moderno, y la incapacidad de las actuales estructuras económicas de dar trabajo productivo a los desocupados actuales y a los que demandarán trabajo en el futuro.

Existen serias dudas de que, producida la recuperación, puedan absorberse los millones de desocupados que hoy existen en el mundo industrial. Al mismo tiempo, los cambios en las relaciones comerciales abren interrogantes desconocidos hasta el presente.

América Latina, por ejemplo, no puede dejar de tomar en cuenta la política de recuperación de mercados a que se encuentran abocados los países centrales y que, en lo inmediato, promueven un renovado proteccionismo que incide sobre actividades industriales que creíamos definitivamente a nuestro alcance debido a las ventajas comparativas que para ellas ofrece nuestra región.

Tampoco podemos desconocer que los nuevos avances en la biogenética crean nuevos competidores en la producción de aquellos alimentos en los cuales teníamos tradicionalmente ventajas netas en el mercado internacional.

Ello tan sólo para mencionar algunos de los frentes sobre los cuales América Latina, continente en creciente expansión externa, deberá tomar posición. No me propongo aquí incursionar más allá de lo necesario en estos temas. Ocasión habrá de traer a este Consejo las reflexiones y los trabajos de la CEPAL sobre ellos.

Pero hay algunas conclusiones que sí se pueden adelantar.

El estilo de desarrollo que en algún momento se impuso como modelo único para la región, esto es, el de vincularnos crecientemente al mundo desarrollado y hacer de la exportación a ese mercado el gran motor del crecimiento interno, no puede ser el único motor del crecimiento regional.

El tema ha provocado profundas controversias. En algunos casos el modelo de desarrollo de los países del Sudeste asiático creó espejismos que han ido mostrando signos de su debilidad y de grandes vulnerabilidades.

La América Latina no podría proponerse reproducir en sus fronteras un tipo de crecimiento basado solamente en exportaciones al resto del mundo. No hay cabida en nuestra región para un modelo de desarrollo a la Hong Kong. Nuestra realidad económica, social y política es por cierto muy distinta.

Tenemos que pensar en un nuevo esquema de desarrollo que tome especialmente en cuenta las potencialidades del mercado interno, la capacidad de exportación al resto del mundo y las oportunidades vigorosas del mercado regional.

Baste recordar que en la actualidad, el mercado regional se acerca ya al billón de dólares. Esto es, una masa crítica que en sí misma abre cauces totalmente nuevos al quehacer conjunto.

Entiéndaseme bien. No estoy abogando por reproducir políticas de sustitución de importaciones a todo costo, al alto precio de proteccionismos anacrónicos. Para hacer frente al desafío mundial y regional se requiere diversificación, eficiencia y, por sobre todo, un alto nivel tecnológico.

Lo que importa destacar es que en esa nueva estrategia, América Latina no puede desconocer las potencialidades del mercado regional, y que cualquier solución a su desarrollo futuro deberá pasar necesariamente por el uso adecuado de ese mercado.

Y otro tanto podría decir de los mercados de otras regiones en desarrollo, los que podrían ampliarse mediante una efectiva cooperación sur-sur.

En conclusión, Sr. Presidente:

Vivimos momentos de profunda ansiedad pero también de fascinantes desafíos.

Esta reunión debería ser el inicio de un proceso de repensamiento de este capital que hemos ido creando a través del tiempo y que es el mercado regional. Acercarnos al mismo sin preconcepciones y con gran realismo.

El mercado regional no puede darlo todo, ni podrá reemplazar la imprescindible vinculación de América Latina con el resto del mundo.

Pero sepamos que tiene un importante papel inmediato que cumplir, y que también será una variable clave en el mundo en el que deberemos vivir en las próximas décadas.

A ello deberemos abocarnos con gran responsabilidad, y especialmente teniendo presente que en un proceso de crecimiento conjunto lo importante no es tanto la distribución matemática de los beneficios, sino que al final del camino todos estemos mejor.

Tras decir esto, quiero terminar con una nota de optimismo realista y prudente.

Ninguna región del mundo en desarrollo tiene en la partida los grandes activos con que cuenta nuestra región.

Sus recursos naturales, la calidad y formación de su gente, la capacidad industrial instalada y sobre todo las experiencias adquiridas -buenas y malas- nos ubican en una posición privilegiada para enfrentar las arduas circunstancias del presente.

Para confirmar que éstas son difíciles basta mirar los indicadores económicos y sociales de los últimos quinquenios, que desmienten la fácil aseveración de que nada ha pasado.

Nuestra región deberá abordar el futuro reconociendo la seriedad de los problemas actuales, pero sabiendo que con políticas internas adecuadas y con una cooperación internacional inteligente y pragmática, no sólo podremos hacer frente a nuestro desarrollo económico y buscar solución a nuestras desafiantes injusticias sociales, sino que además podremos dar gran impulso al crecimiento mundial.

Con la confianza que nos dan los hechos y con la inspiración que podemos lograr si existe la voluntad política de trabajar juntos, no temamos al presente, y menos aún al futuro.

